

De la influencia de la literatura en las carreras profesionales

Francisco Gavidia
1926-1
Páginas 86-100

Ya hemos oído hablar a personas ilustradas con un tono de profundo desdén, del estudio de las bellas letras. Para estas buenas gentes la literatura significa algo tan secundario al lado de las ciencias de aplicación, que viene a ser materia de recreo, puro adorno de las personas educadas, cosa de un orden puramente inútil.

Sin embargo, este es el vacío más grande que puede señalarse en los estudios que hace nuestra juventud. Tan grande es ese vacío, que a más de un lector extrañará esa proposición, porque ciertamente no todos podrán comprender la importancia de lo que es objeto del menosprecio inepto de la mayoría.

El estudio de la literatura de que nosotros hablamos, no tiene por objeto formar escritores o novelistas; menos poetas; porque a unos y otros forma la naturaleza con privilegios que el hombre es incapaz de suplir; no nos referimos a esto, sino a las pocas o ningunas nociones de literatura que acompañan por lo regular a nuestros abogados, médicos, agrimensores, &. Hay que saber que todo el curso de ciencias no deja en la inteligencia tanto poder lógico, como el conocimiento de un buen poema. He aquí

algunas palabras a este respecto, y no de un poeta, sino de un naturalista, químico, hombre de números por consiguiente. «Que se recuerde la historia de los hombres que más han extendido el dominio de las ciencias, dice Jorge Cuvier, y pronto se verá que es necesario más de lo que se creé, para aprender a discernir, el nutrirse con libros que no pasan más que como bien escritos de ordinario. En efecto, los primeros elementos científicos quizás no nos ejercitan en la lógica lo bastante, precisamente porque son demasiado evidentes, y sólo profundizando los asuntos delicados de la moral y del gusto, se adquiere esa fineza de tacto que únicamente puede conducir a los grandes descubrimientos».

Y es que para los grandes descubrimientos no basta la evidencia, no basta el sentido común; se necesita un sexto sentido, una lógica poderosa que corra escondida en el seno de la armonía artística, así en pintura como escultura, como en todas las artes liberales, y más aún en poesía, —no es otra cosa que sensibilidad. ¡Quién lo creyera! Esta facultad que parece la más vecina a la animalidad, es la fuente de las intuiciones, de las verdades ocultas, de las revelaciones. El discípulo de Aristóteles, Alejandro Magno, duerme, la *Iliada*

y el sable bajo la almohada. Esa es su táctica militar. Allí no encuentra, por supuesto, sinó la intuición del más alto heroísmo, el secreto inexplicable de la victoria.

Doscientos años antes de que se descubriera el más científico sistema que se ha empleado para curar la locura, Cervantes lo había expuesto sin discrepar un ápice en la manera que usó para curar a su gran loco, nuestro Don Quijote de la Mancha. Este es el dón de doble vista del genio. Avellaneda concluyó su Segunda parte de Don Quijote, llevando al caballero de la Triste Figura a un manicomio de los de aquel tiempo; donde cadenas y grilletes, palos y miseria hacían de los enajenados algo peor y más lamentable que los brutos. Este clérigo atrevido se había hecho cargo de un asunto descomunal que sus manos echan a perder sin remedio. ¡Si por inepto se hubiera guardado de insultar al peregrino ingenio a quien trató de emular insensatamente! Cervantes halló más natural, más sensible, hacer morir a Don Quijote en su tierra, en su casa, en su cama, y hacerlo morir llana y cuerda-mente. Esto era preciso, porque la muerte de un loco, la muerte de Don Quijote, por fuerza tenía que pasar la línea que separa lo cómico de lo trágico. No se concibe a Cervantes pintando a su loco que se le muere, que se le muere delirando. Esto es propio, o de una tragedia, o de un apunte de hospital; pero la comedia que prevalece en toda la obra desaparecería inmediatamente. Cer-

vantes no desentona jamás. Hacerle morir es el final de la obra. Para esto, pues, es necesario que muera cristiana y cuerda-mente. Esto es lo más sencillo pero Don Quijote está loco; loco rematado. He ahí una sencillez irrealizable; una sencillez, para llegar a la cual es preciso salvar abismos. El genio los salva. Cervantes cura a Don Quijote, y esta curación arranca aplausos a la ciencia dos siglos más tarde. Cuando lo ha curado, lo mata. Con lo cual no hemos querido probar que todo poeta sea hombre de ciencia. A Cervantes le han achacado falta de instrucción. Sabido es lo que nosotros no creemos: que Cervantes no podía sumar. En cambio les llevaba la ventaja de que conocía el latín, a Molière, y a Shakeaspeare. Los latinajos macarrónicos de las comedias de Molière eran obsequio del amigo Boileau. El autor favorito de Shakeaspeare era Montaigne: como el trágico, autor de Hamlet, no sabía el francés, leía al gran filósofo Gascón en una traducción que pudo procurarse.

Por lo demás es bueno hacer saber, y aquí volvemos a tomar el hilo de nuestros razonamientos, -que el hecho de que las verdades científicas salten cuando menos se piensa dentro de un torrente de versos que la inspiración precipita desde alturas escarpadas, tiene una explicación muy posible de desentrañarse.

Así como Cervantes curó por sistema homeopático de Hanne-
man, doscientos años antes que

éste naciera, así Shakeaspeare se anticipó a la ciencia cuando señaló como uno de los indicios de que una mujer ha enloquecido de amor, la circunstancia de que hable obsenidades: Ofelia las dice, y gruesas. Es admirable el empeño con que estos dos genios, Cervantes y Shakeaspear inclinan sobre ese problema espantoso que se llama la locura. Don Quijote, Cardenio, el Licenciado Vidriera, el protagonista de *El Curioso Impertinente*, el Celoso extremeño y algunos que no recordamos de Persiles, personajes de Cervantes, unos son locos, otros, grandísimos monomaniacos. El rey Lear, Ofelia, Hamlet, el rey del Cuento de invierno, Cáliban, personajes de Shakespeare, unos son locos y otros monomaniacos, asimismo. Otro punto de contacto, éste ya señalado por los críticos, es que el Hamlet no es otra cosa que el Orestes de Esquilo, tanto en el asunto como en los caracteres, no habiendo sido conocido al trágico griego por el inglés; y que a la tragedia Niimancia de Cervantes, no se le halla parecido por lo que respecta al plan sinó con las tragedias del mismo Esquilo. Estos datos no son acumulados sin objeto. Tenga paciencia el lector. Se sigue de esto, de esas coincidencias maravillosas, ya de la creación poética con la creación poética, ya de la creación poética con el descubrimiento científico, que las imaginaciones poderosas suponen una lógica formidable en igual grado; y que el hombre de ciencia que no desenvuelve sus facultades poniéndolas en contacto

con el genio, tiene el entendimiento tapiado y cerrado a la armonía con que la verdad preside al cumplimiento de leyes profundas.

Por lo demás, si se nos permite hacer una tentativa para explicar técnicamente el fenómeno de estos encuentros del arte con la ciencia, y por qué el cultivo de la literatura dota de tan maravillosa delicadeza a la lógica de los escritores—artistas, diremos que estriba en el grandioso cultivo que estos hacen de la verdad relativa. Y bien; la verdad relativa en Retórica, equivale a la hipótesis en Filosofía, y ya sabemos el papel que la hipótesis desempeña en el estudio y progreso de la ciencia. Esto es lo que no sabe el vulgo cuando dice que los poetas sólo dicen quimeras y mentiras. ¿Sólo el vulgo? Santo Dios! ¡Cuando nos ponemos a pensar que Platón, opinando que la verdad relativa, la hipótesis artística, era perjudicial a los pueblos, puso a los poetas en la frontera de su República; eso sí, coronados de laurel! Filósofo! ¿Era otra cosa que una hipótesis poética, tu misma República?

Los teólogos del renacimiento eran, en suma, más literatos que hombres de ciencia, aunque de todo la picaban. Miguel Servet, teólogo, descubre la circulación de la sangre. Para qué citar más: los grandes hombres de ciencia son grandes conocedores de la literatura; sinó, no hay profundidad, no hay para ellos camino abierto en los bosques sagrados. Quien haya

leído a Flammarión puede juzgar si en él hay equilibrio entre el astrónomo y el conoedor de las letras. ¿Cómo de otro modo podría él estar viendo a Dios a través de la naturaleza? ¿Puede subir la ciencia más alto? Y ya se deja concebir que no se puede subir a esa altura sin ser gran moralista y que no se puede ser gran moralista sin ser gran filósofo, y no se puede ser gran filósofo sin ser gran conoedor de la literatura. Los libros sagrados de que arranca toda la filosofía cristiana, son pura y alta literatura. El libro original de Job fue escrito en verso. Solón ponía sus leyes en verso. El más gran legislador, como lo vemos en Plutarco, era asimismo un gran literato. Nunca se concibe la verdad más armoniosamente, es decir, con más profundidad, como cuando, al condensarse el pensamiento, la idea baja, y la forma material de la palabra sube., para, al encontrarse, fundirse ambas en esa chispa que se llama verso. Este es el fenómeno que se produce en el genio. Todas las tendencias sociales modernas, todo el derecho moderno, se encuentran ¿dónde? en Los Miserables, obra de un poeta ¡quó poeta! El jurisconsulto o el publicista que no ha leído, o no comprende ese libro, téngase por desgraciado

¿Puede haber quien pretenda tener medianos conocimientos de Historia, sin tenerlos en literatura en igual grado, por lo menos? ¿Puede concebirse a Atenas sin haber leído a Aristófanes? Aristófanes completa a Plutarco Y ojalá este último

fuera, siquiera, conocido entre nosotros. Y a Roma, ¿quién pretende conocerla, sin haber leído a Juvenal, a Horacio, a Propercio? La Historia que el aula pone a nuestra disposición, no es sino letra muerta, puro esqueleto. La vida de esos pueblos, sus costumbres, su filosofía, es decir, su alma, está en sus literatos.

¿Cómo, pues, vais a comprender la Revolución francesa, sin conocer antes a Moliere, el primero que toma el pulso a la monarquía; a Voltaire, que es el que la desahucia? El Tartufo es antecesor de la Enciclopedia.

¿Creeis que nada vale la poesía? En mucho tendría Platón la Itiada, puesto que emplea gran parte del libro y el décimo de la República en combatir a Homero. ¡Cómo no! si creía que si no le daba combate, se le venía abajo toda la armazón de la República!

Ahora bien; sin filosofía, ¿qué ciencia puede ser sino empírica, imperfecta y grosera? ¿Son otra cosa que empiristas nuestros hombres que se dicen de ciencia, sin pizca de conocimientos literarios, sin esa fineza de tacto, de que habla Cuvier, que guía a las grandes investigaciones?

II

Las letras son madre de las ciencias: hé allí una proposición que no vamos a demostrar nosotros, pero cuyo esclarecimiento en-

comendamos a la dialéctica sublime de Dupanloup:

«Honor a las ciencias!— exclama el Obispo de Orléans, en su discurso de recepción en la Academia Francesa,—honor a las escuelas sabias! honor a esos fuertes genios que estudian, con firmeza y con amor, todo lo que Dios ha sometido a las miradas y a las investigaciones del espíritu humano; que se remontan a los más sublimes misterios de la naturaleza, miden la inmensidad de los cielos, erran en sus profundidades, y van allí a buscar y a darle nombre a astros desconocidos; y después descienden hacia el globo que habitamos, penetran hasta sus entrañas, leen como en un libro abierto en lo que tienen de más oculto, sorprendiendo sus tesoros invisibles, y, por cálculos tan atrevidos como seguros, extienden hacia todos los rumbos el horizonte y el imperio del espíritu humano. Honor a las ciencias!

«Pero, que las ciencias me permitan decirlo: honor, ante todo, a las letras! Las ciencias robustecen la fuerza y la riqueza de las naciones, pero ésto no sucede sino después de que las letras han iluminado las cimas de la tierra y fecundado los siglos, depositando en el seno de las sociedades el germen poderoso de la civilización, haciendo penetrar la viva luz en las profundidades de la inteligencia humana.

«Así los grandes siglos científicos fueron casi siempre hijos

de los grandes siglos literarios, y el renacimiento de las letras fué la señal constante de los grandes descubrimientos de la ciencia.

«Hoy día, ¿quiénes son los hombres que dan a las ciencias, aquí y en Europa entera, la más ilustre popularidad? No osaré nombrarlos: su presencia, sin embargo, no impedirá que diga que el dón singular del talento francés y la gloria singular de este gran Instituto de Francia, estriba en que el genio de las letras estuvo siempre entre nosotros asociado al genio de las ciencias.

«He ahí lo que también expresó Napoleón con su viva y brusca elocuencia: «Amo las ciencias; cada una de ellas es una hermosa aplicación parcial del espíritu humano; pero las letras, esas son el espíritu humano mismo. ...» Y bien, señores, estas admirables palabras no son sino el eco de la voz de la historia, que ha denominado grandes siglos, sobreponiéndolos a los demás, a aquellos en que las letras han esparcido una claridad más intensa».

III

Es de observar, como teniendo en mira los padres de familia, al hacer de su hijo un abogado, convertirle en finca, de modo que rinda los gastos de su educación, algunas veces, y otras, que halle en su profesión los recursos de su vida naturalmente, truenan y le dan por perdido y descarriado cuando en él

despunta el genio para el cultivo de las letras. Esto da idea de nuestro grado de cultura: semejante pueblo está en un estado lamentable de atraso: académicos de cabeza dura, obtusa, egoísta, hé ahí un elemento desgraciado para un país.

No hay hombre de ciencia sin literatura,

El que no siente en su fuerza, ni medianamente, el idioma que habla, no puede dar un paso en el camino de las ciencias. —Hombre de ciencia sin conocimientos literarios, quiere decir, mente sin fuerza creadora: ese no puede pensar nunca por sí mismo: sigue el camino que le han señalado sus textos escolares, y no es sino un aprendiz de ciencia, en mayor escala, eso sí, de como lo es el aprendiz de carpintero. Nosotros hemos visto cartas; ¡qué cartas!: de abogados, nada menos. Pase lo de la ortografía, porque en fin esas son cosas que se aprenden de niño y bien pueden quedar para los chicos de la escuela. Pase lo de la ortografía...; éstos hacen de la lengua un solo idiotismo. ¡Pero lo que dicen, lo que piensan, lo que les ha salido del alma! . . . ¡Pero las ideas, la lógica! . . . Así, pues, esas largas sentencias que firman, no son sino trabajo material, mecánico; obra de la costumbre, de la práctica, como la del zapatero, el sastre . . . Cómo puede ser de otro modo si no saben ni los más simples rudimentos de la filosofía del lenguaje? «No leo a Juan Montalvo, porque no le entiendo

...» «Ese Víctor Hugo será bueno, pero no le entiendo. ...» «Castelar es muy empalagoso... y tiene cosas que no le entiendo. . .» Esto dicen los hombres que han hecho una carrera literaria; y eso tratándose de opúsculos, de discursos, de novelas! Los autores no son los oscuros; lo es el cerebro de esos hombres, simplemente, que no saben dónde está el sujeto, dónde el verbo, dónde los complementos de una frase! El mecanismo de su propio idioma es para ellos laberinto inextricable. A éstos en castigo, les pondríamos eh las manos esas creaciones inauditas de Víctor Hugo que se titulan: «Ibo», «Cadáver», «Lagrimas en la noche», «Lo que dice la boca de sombra», para que se estuvieran estrellando toda la vida contra las puertas, cerradas para ellos, de esos palacios temerosos y encantados de lo sublime.

No lo decimos por todos. Hay honrosas excepciones en esto como en todo, por dicha. Contadas, eso sí. Pero ya se deja suponer que esos adelantos de nuestra legislación, ese criterio de muchos de nuestros médicos, ¡Dios nos ampare!, esas investigaciones de nuestros matemáticos y de nuestros historiadores, no es cosa de tomarse en cuenta éstos hacen su profesión para ganarse la vida, en lo cual no hacen mal; pero la norma del progreso del país, éste no queda muy orgulloso ni muy bien servido.—¿Puede esperarse algo de esa inteligencia que está sorda a los versos de Calderón, o de quien se muere de risa

de las gracias del Quijote, cuando el farsante no ha podido llegar al segundo capítulo sin roncar como un bienaventurado », que ha oído los nombres de Homero, Esquilo, Platón, Sófocles, Eurípides, y los repite con elogio, sin saber quienes fueron, ni qué hicieron, ni por qué lo hicieron? Juvenal, Horacio, Propertio, Tácito, Tito Livio, Virgilio y Cicerón. Al menos cuando se estudiaba el latín, algunas nociones estéticas quedaban a favor del estudiante. Las leyes han desterrado el estudio del latín, tal vez con razón; pero ese estudio tenía una influencia provechosa que no ha sido repuesta ni en lo que respecta al conocimiento y buen manejo del idioma, ni en lo que hacía en favor del buen gusto, despertando al par aficiones eruditas y amor a las letras y a la filosofía. Esta influencia ejercía el latín cuando era bien estudiado. Desde a fines del siglo pasado, cuando algunos hombres superiores, como Goicoechea y José Cecilio del Valle combatieron el escolasticismo y trataron de extender los estudios experimentales; por esa ley que lleva el impulso hasta más allá del punto que se tiene en mira; el latín empezó a perder sus prestigios; pero en él se perdía, sin que se pensara, la más noble de las aficiones, la de las bellas letras. — No era ésto lo que se proponían aquellos reformadores: ellos querían desterrar a Escoto, pero no a Virgilio —El mismo Valle decía a los de la Sociedad Económica: «Sírvanse vuestras Señorías trabajar en el cultivo de los talentos na-

cientos de la juventud;... sírvanse formar su gusto; porque el gusto es el tacto o instinto del hombre de letras y el primer paso que debe darse para la ilustración; sírvanse fundar una Academia de Bellas Letras, porque las bellas letras son el precursor feliz de las ciencias útiles y el garante más cierto de sus progresos».

Nosotros sabemos que se estudia la Retórica, por donde vienen a saber los estudiantes aquello de:

Flérída para mi dulce y sabrosa...

que encuentran de una naturalidad a toda prueba. Aunque maldito lo que les gusta la blasfemia de Ajax, confiesan con particular entusiasmo que es un pensamiento: «Destruyémos a todos si te place»

Lope de Vega es para ellos un escritor adocenado, porque ya lo deja entender Hermosilla, y se ríen al solo empezar lo de:

Cerca una isla el mar Tirreno...

¿Quién de ellos no sabe lo que es un exordio exabrupto?

«Hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?» He ahí el ejemplo:

Después de un año de estudiar la Retórica, tenemos formado un erudito a la violeta, y no de los aventajados.

Ese trabajo de un año, tan inútil, está en pugna con los principios modernos en que se inspiran las leyes de instrucción, y cuatro o cinco obras explicadas sobre el texto, darían más frutos en el año que se destina a la Retórica, aplicando las reglas de la Retórica a osas obras, que todo el fárrago de pendería que en ese año encomiendan a la memoria los estudiosos.

El estudio de la literatura ha formado a los hombres eminentes en ciencias de cualquier orden, y aquí, más que en otros países, —en los que sin embargo se estudia cuidadosamente— se hace sentir con su falta como necesidad imperiosa. Aquí no hay teatro permanente, no hay museos, no hay exposiciones artísticas, no hay clubs, donde se despierte la inteligencia como en los centros civilizados; allá el medio ambiente en que está el hombre, digámoslo así, le despierta y le ensancha el espíritu sin que él siquiera lo intente. Estando nosotros en París, tuvimos ocasión de hablar con un oficial de platero, un artesano, un cualquiera. Se llamaba Mr. Lair. Hablamos de literatura; y a propósito de algo, le preguntamos si los franceses tienen por más grande a Voltaire que a Víctor Hugo? Voltaire es grande por la obra que llevó acabo; sólo que Víctor Hugo es más profundo.

Esto dijo el platero! Puede emitirse un vasto juicio con más sencillez y delicadeza? Entre nosotros, el que nombra a Voltaire o a Víctor

Hugo pasa por pedante. Ya...Lo que nos es dable, por la semi-barbarie en que vivimos, suplámoslo en las Universidades, en los Institutos. Estúdiense con amplitud la literatura. Buena falta hace. Ni verdaderos escritores tenemos que sobren, por ese motivo. No hay francés de mediana educación a quien habléis de Racine o de Gorneille, que no dé cumplida respuesta a vuestra inquisición; si es inglés, empezando por «to be or not to be» al punto os da cuenta de Shakespeare, con largas recitaciones en apoyo. Si es italiano, no hay para qué decirlo. Los italianos han establecido cátedra especial para el estudio y comprensión de la Divina Comedia.

Y éstos son los extranjeros comerciantes, que no son ni doctores, ni quieren pasar por doctos. Ahora, si es doctor, y es alemán, no sólo os emite juicios sobre Goethe y Schiller, sino que os habla de Calderón y de Morete, pues ha conocido en su tierra el Alcalde de Zalamea y El desdén con el desdén, que ellos designan con el nombre de Doña Diana. Extranjero, y conoce obras maestras españolas! Vamos donde nuestro médico: diga, pues, qué es éso de El desdén con el desdén? Vamos donde el abogado: qué el Alcalde de Zalamea? Y no se diga que es tiempo lo que falta. Nosotros suponemos que Buffón no estaría de balde todo el día. Dicen que sus estudios suponen una vida bien llena de trabajo. Sin embargo los conocimientos literarios de ese hombre no les van en zaga a sus investigaciones

científicas. Buffón no es poeta, no es novelista, no es crítico, decimos mal. ¿Cómo podía tener la fuerza de la intuición, el presentimiento de los más recónditos secretos de la naturaleza, sin ese dón de doble vista que distingue a los videntes, los poetas? El no escribirá *El Misántropo*, pero *El Misántropo* le ha comunicado esa lógica que persigue la verdad en las sombras, que adivina, que presiente lo que no está sujeto a demostración palmaria. Cuvier no era crítico; decimos mal, de nuevo: la crítica es la misma lógica, pura, de suprema eficacia sin este dón maravilloso, el inmortal naturalista no habría podido reconstruir especies enteras de animales que han desaparecido de la faz de la tierra, teniendo como único dato un pedazo de hueso que ha respetado el naufragio de los siglos.

IV

No insistiremos en demostrar la importancia del estudio eficaz de la literatura; nuestro propósito es que nuestros hombres que pueden hacerlo, llenen el vacío inmenso que en nuestras leyes se nota a ese respecto. El año de Retórica que los reglamentos destinan, es tiempo perdido; no sólo perdido, perjudicial. Porque el estudiante tiene como una de sus mayores aspiraciones entrar al curso en que se estudia la Retórica, creyendo encontrar en ese estudio la llave que conduce al conocimiento de lo bello. Todos esos nombres, Virgilio, Horacio, Cicerón, Calderón, Quevedo, Cervantes, le fascinan: cree que el librito de Monlau va a ponerle en

contacto con esas grandezas de concepción y de filosofía. Encuentra que todo se reduce a observaciones sobre cosas que no conoce. Todo el espíritu moderno está, a ese respecto, en pugna con lo que entre nosotros se practica. Reglas para hacer buenas epopeyas!... y el que aprende esas reglas no conoce epopeya alguna. Reglas para hacer buenos dramas! Y eso, a qué viene? El estudiante no encuentra lo que de lejos halagó tan delicadamente su entusiasmo. O se cree inepto o desprecia ese estudio infructuoso. Estas desilusiones son de más trascendencia de lo que puede creerse.

¿Qué es un cuerpo de reglas? Saquemos consecuencias de estas palabras de Moliere: «Sois gente divertida con vuestras reglas con que embarasáis a los ignorantes aturdiéndonos todos los días. Parece, al oírlos hablar, que estas reglas del artesón los misterios más grandes del mundo; y sin embargo no son más que algunas cuerdas observaciones que el buen sentido ha hecho sobre lo que pueda acortar el placer que se encuentra en toda clase de composiciones; y el mismo buen sentido que ha hecho antes estas observaciones las hace desembarazadamente todos los días sin el recurso de Horacio o de Aristóteles». No son las reglas, pues, aunque útiles, lo principal; lo es el asunto de que no son más que sensatas observaciones. No enseñemos, pues, lo accesorio sin enseñar lo principal. Y sinó, apelemos al testimonio de todos los que

han estudiado la Retórica; ¿qué les ha quedado de ese fatigante cuerpo de reglas? ¿han ampliado su natural filosofía? ¿se han hallado en mejor disposición para estudiar la historia, la legislación o cualquiera otra ciencia? El buen sentido que se ejerce sobre las obras de arte, éste es el mejor modo de adquirir reglas: formarse gusto. Pero aprender las reglas y no conocer las obras de cuya observación han nacido esas mismas reglas, a poco de profundizar ésto se comprende que es el mayor de los contrasentidos.

En nuestros días todo es práctico en materia de educación.

Si se quiere reportar las ventajas con que la literatura favorece el estudio de las ciencias, es indispensable que los estudiantes conozcan a Cervantes, a Caldeión, a Lope de Vega, a Fray Luis de León, a Santa Teresa, a Quevedo, a Hurtado de Mendoza, a Alarcón y a Montalván, de los antiguos, sin exceptuar El Roniancero, fuente purísima del habla castellana, y de no poca filosofía.

«Recordad que la justicia

En burlas y en veras fue

Vara tan doble y tan recta

Que no se pudo torcer».

Entre los modernos, Feijóo, Moratín, Meléndez, Jovellanos, Quintana, Larra, Tamayo, López de Ayala, Núñez de Arce, Campoamor,

Castelar. Pues estos últimos, ni por famosos, no son conocidos ni comprendidos por muchos que tal vez no so creyera.

Y con los castellanos, los principales de América, de Francia, de Alemania, de Inglaterra; y algunos clásicos de que hay buenas traducciones. De este modo, el idioma ganaría lo poco que perdió con la supresión del latín, y mucho más.

Podrían ser consultados los planes de estudio de otras naciones donde está sistemada la manera de hacer esa práctica importante. Obras maestras y Retórica, en cuatro o cinco años, he ahí todo.

No lejos de aquí, en California, aun para el estudio de la Ingeniería, se exigen tres años de literatura.

De ese estudio importante depende, ya no digamos solamente una reforma en el terreno de las ciencias, pero también, lo que no es de menos entidad, nuestra regeneración moral, y política, sobre todo. Véase, sinó, quiénes se ponen al frente de la política moralizada en todas las naciones. La América Latina tiene el principal elemento de moralidad política en sus hombres de letras. Tanto más alto el ingenio, mayor ejemplo da de poner al servicio de su patria los tesoros de su sensibilidad, educada por el comercio mantenido con lo verdadero y con lo bello.

F. A. GAVIDIA